

El Eco de Cartagena

AÑO XXVIII

DIARIO DE LA NOCHE

NÚM. 8103

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—En mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7:50 id.—Extranjero, tres meses, 11:25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Jueves 8 de Noviembre 1888

La China
SEDERIAS Lanafantasia
CENTRO DE NOVEDADES
Viñas y Sánchez
Marina Española, 49, Cartagena
Al contado cinco por ciento de bonificación en las compras que excedan de 25 pesetas
Lanas Inglesas para caballero
CONFECCIONES
NERINOS Terciopelos ENCAJES

Los barrios altos de Cartagena

Según el *Caballero de Gracia*, los barrios bajos de Madrid se encuentran en un estado *cruel*. No se nos ocurre qué calificativo hubiera puesto Felipe Pérez en boca de su fantástico personaje, si hubiese tenido que referirse á los barrios altos de Cartagena.

Acudiendo á los aumentativos y superlativos, que denotan el colmo del abandono y de la miseria, no se podrá dar una idea ni siquiera aproximada del estado en que se hallan estas partes de la población, donde sistemáticamente se omite lo que el ornato y la higiene consideran como indispensable en todo paraje habitado por seres humanos.

Emplazados dichos barrios en las tres colinas que ocupan una gran porción del recinto circunscrito por las murallas, se encuentran en circunstancias, las más abonadas para provocar el abandono que caracteriza á nuestra administración, que ya de por sí no ha menester de excitantes para caer en tan lamentable defecto.

Lo accidentado del terreno en que están enclavadas las partes de la población conocidas por el Molinete, Monte Sacro, Castillo de la Concepción y alrededores de estos parajes, determinan el que estén exceptuados del tránsito general, y por lo tanto, exentas de la inspección de la autoridad y de los vecinos, que con sus reclamaciones, ó por medio de sus propios esfuerzos, pueden remediar las deficiencias que tanto redundan en perjuicio de la generalidad. Los barrios que nos ocupan están habitados por gente de clase humilde, que no se queja de su situación, ó porque no concibe otro mundo mejor á causa de haber nacido y vegetado en tan pésimas condiciones, ó porque se resigna pacientemente á su suerte, convencida de lo infructuosas que serían sus reclamaciones, si se atreviese á formularlas.

Debemos hacer constar en honor de nuestras autoridades, que al proceder así, no obrarían impulsadas por un espíritu depreciativo á la humilde calidad de los reclamantes, sino guiados por el hábito de no hacer caso de las quejas que hasta ellas llegan, (cuquiera que sean los quejumbrosos,) é inspiradas también por el lauda-

ble empeño de practicar el principio de igualdad, que es acaso la principal base para el buen ejercicio de la autoridad. Conste pues, que en esta cuestión, nada tienen que echarse en cara los vecinos de la calle Mayor y los del callejón del Cabrito.

Con ser hoy detestable el estado de los barrios altos, no lo es tanto como hasta hace poco tiempo pues debido á la actual administración municipal, se les ha dotado de dos mejoras importantísimas: nos referimos al alumbrado por gas y á la rotulación de calles y numeración de casas.

El primer servicio era antes casi nulo, pues constaba de escasos faroles de petróleo, que casi nunca lucían por causas fáciles de adivinar. Por lo que hace á la rotulación de calles y numeración de casas, se ha conseguido que cada vecino pueda decir dónde vive, facilitando extraordinariamente el servicio médico, que antes resultaba en algunas ocasiones deficiente, apesar de ser siempre más penoso para los facultativos.

Como decimos, los barrios altos han sido mejorados un tanto desde hace poco tiempo, pero sin embargo, todavía se encuentran en pésimas condiciones, originadas por el completo abandono de que tanto nos lamentamos.

El piso de las calles que debía reunir especiales condiciones, para favorecer el tránsito que se hace sumamente difícil, por superficies del declive que tienen las que nos ocupan, presenta ligerísimos vestigios de un empedrado que debió llevarse á cabo por orden del mismo Asdrúbal, encontrándose la mayor parte de las calles y callejones convertidos en profundas barranqueras producidas por el desgaste de las aguas pluviales, que á causa de la inclinación del terreno, corren con gran fuerza hacia la parte baja de la ciudad.

Con respecto á la policía, sería mejor *non ragionare di lor* y así no sabrían la generalidad de los vecinos de la parte baja de Cartagena, que los de la parte alta depositan las basuras en estercoleros permanentes, establecidos en las rinconadas ó en medio de las calles, en los solares y en los terrados de las casas cercanas á otras situadas en terrenos más altos.

Por lo que hace á la higiene en el interior de las viviendas, pueden figurarse los lectores á qué altura estará, teniendo en cuenta la falta de pozos, y por lo tanto, la carencia de agua para la limpieza, el hacinamiento de personas en locales pequeños y habitados para todos los usos domésticos, y finalmente; el desaseo que por desidia y más principalmente por falta de medios, caracteriza á las clases pobres.

He aquí bosquejado á grandes rasgos el estado en que se encuentran los barrios de la parte alta de la población, estado que constituye un proceso de posible abandono contra nuestros administradores, y un peligro constante para la salud del vecindario en general; pues de todos es sabido que las enfermedades endémicas y epidémicas que sufren los habitantes de Cartagena, tienen un abonado campo de fructificación, en los lugares que han sido objeto de nuestras referencias.

Variedades.

MEMORIAS DE UN PARRICIDA.

(Conclusion.)

Y á todo esto la noche avanzaba rápida y muy rápida... y cada minuto transcurrido me hacía sentir estremecimientos horribles, sacudidas violentas en todo el cuerpo, desbordamientos de la sangre que me ahogaba como si me oprimieran con fuerza la garganta... cada vez más... y los segundos se unían á los segundos, y corrían... corrían... ¡Qué deprisa camina el tiempo para el malvado que espera la hora de cometer el crimen!

Todos mis compañeros se encontraban ya ebrios; en cuanto á mí, no sé si estaba embriagado ó estaba loco. No sentía nada... nada, excepto el golpear incesante de mis pensamientos.

—Mirad—dije de pronto—me siento mal. Voy á la posada á dormir un rato. Vos otros podéis continuar... debéis continuar, no quiero que por mí se termine la fiesta. Pedid aquí cuanto os haga falta... no os importe el gasto, porque yo pago. Son las tres y á las siete podéis llamarme, ¿sabéis? á las siete.

—Como quieras, hijo, como quieras—me contestaron.

Y salí de la taberna. Ninguno se había dado cuenta de mi repentina y extraña retirada; nadie tampoco se fijó en que les engañaba en la hora... nadie... y los engañé sin embargo. El reloj marcaba las doce, las doce solamente, pero aquella diferencia de tiempo me hacía falta para llevar á cabo mi plan y quedar impune de mi delito. Era una sutileza de criminal avezado, pero no es extraño que se me ocurriera, porque para la infancia todos los malvados son maestros.

Crucé el pueblo procurando hacer el menor ruido posible... despacio... muy despacio... como la culebra que se arrastra cautelosa. Nadie me vió... ni me sintió siquiera; estoy seguro de ello porque los que duermen no pueden ver ni sentir á la sombra que se desliza á lo largo de las calles solitarias y oscuras.

Cuando salí al campo corrí desesperado. No podía perder tiempo... no podía... si me faltaba, adiós impunidad y adiós riqueza y adiós todo. Y seguí corriendo... corriendo siempre... agitado, convulso, loco. Tenía miedo á los ladridos de los perros y huía de los cortijos y pasaba destruyendo sembrados, cruzando arroyos, saltando atajos, escalando tapias... adelante... adelante siempre, sin detenerme un momento en mi carrera.

Llegué á la puerta de mi casa; estaba cerrada y dentro no había luz. Mi madre dormía ya sin duda. Era la ocasión. Miré á todos lados... nadie... nada... no se veía á nadie, no se percibía ni el más leve rumor que pudiera infundirme sospecha. Después saqué del bolsillo la llave que siempre llevaba por si volvía tarde, y abrí la puerta.

Mi madre... mi cariñosa madre dormía profundamente, con la tranquilidad del justo que nada teme. ¡Quién le había de decir que aquel iba á ser su último sueño! Cualquiera le hubiese tenido compasión al verla allí... sobre el lecho, con la expresión de bondad infinita que iluminaba su rostro sereno... pero yo no la tuve... yo no la tuve... Los monstruos no se compatocen jamás, y yo soy un monstruo de los más horribles.

De nuevo sentí la sangre invadir mi cabeza como una oleada de fuego; sentí latir mis

sienes con violencia espantosa y temblar los átomos de mi carne como si uno á uno se despegaran de los huesos. Pero otra vez el demonio, que me inspiraba, murmuró en mis oídos sus dulces palabras, sus frases halagüeñas, que llegaban á mi corazón, envenenándome. Y no dudé ya... no dudé ni un momento. Cogí el puñal, bajé con la vista el corazón, de la que me había dado la existencia, y cerré los ojos... cerré los ojos para no ver cómo descargaba mi mano armada sobre aquel pecho que había acariciado tanto... tanto... en los felices tiempos de mi infancia.

Después... ¿Cómo explicar lo que sentí después? El contacto de la sangre me volvió á la realidad, comprendí entonces todo lo espantoso de mi delito, sentí miedo... horror... repugnancia de mí... no sé... no sé, pero llenaba el espanto mi alma.

Veía á mi madre tendida sobre un charco de sangre caliente todavía; había escuchado su último lamento semejante á una maldición, y mis ojos se nublaron y sentí frío, mucho frío, pero hondo... muy hondo, como si se me congelaran las entrañas.

Mil fantasmas ensangrentados denzaban á mi alrededor con satánica alegría y me cercaban cada vez más... cada vez más, hasta tocar mis ropas con sus descarnadas manos. No podía sufrir tanto... no podía. Dentro de mí se habían desencadenado todas las furias y me arañaban el pecho sin piedad. Temblaba como los azogados, sin poder dominar mi agitación; mi cabeza parecía que iba á estallar de pronto, según eran de terribles los golpes de la sangre en ella... y no veía más que sombras confusas sin línea y sin color; y escuchaba voces, distantes, como si vinieran en mi oído las carcajadas con que se regocijaba el infierno. Sentía que me faltaba aire que respirar y me ahogaba... me ahogaba...

Salí á la calle, oculté en un bolsillo el puñal ensangrentado que aún llevaba en la mano y huí... huí con desatinada carrera, veloz como la desesperación que llevaba dentro. Escuché detrás de mí vocerío infernal que me acosaba de cerca y me parecía sentir á veces la respiración ansiosa de alguien que me perseguía.

Llegué á la posada donde quedé citado con mis amigos, miré el reloj y eran las tres... ¡Me había salvado!

Aquella mañana á las ocho, cuando llegamos á mi pueblo, la gente no hablaba de otra cosa que del espantoso crimen cometido la pasada noche. La criada, al llegar á mi casa, se había encontrado con el cadáver de mi madre y corrió despavorida para avisar á la justicia, que la prendió como primera diligencia.

Cuando me dieron la noticia del asesinato no me conmoví... no pude conmoverme... ¿Cómo hacerlo si llevaba el delito sobre mi conciencia? Pero nadie lo notó... nadie. Creyeron que era efecto de lo rudo del golpe, de lo terrible de mi desgracia.

Me llamaron á declarar y fui. Yo no sabía nada... nada; así se lo manifesté al juez... y me creyó. Había estado con mis amigos y no les abandoné hasta las tres de la madrugada para irme á descansar. Que se lo preguntaran á todos. ¿Que de quien sospechaban? ¿De quien?... ¡Ah! sí, de la criada, ella fué sin duda. Quiso robarla... Y arrojé sobre ella calumnia tras calumnia, infamia sobre infamia.

Mi infeliz sirvienta no pudo nunca probar su inocencia, y era inocente sin embargo. ¿Dónde había estado la noche del crimen, donde había estado? ¿Quien podía asegurar que la pasó en su casa? Su hijo solamente; pero esta declaración no podía servir. ¿Qué iba á decir él, si era su madre?